

CAMPESINOS LIBERADOS: DE LAS REJAS
YA, PERO ¿DE LA MISERIA CUÁNDO?



Oscar Ramírez Mijares sigue desconociendo la situación de los pobres del campo.

Amnistía a Cuenta Gotas

30 de Agosto-79-

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Trasladado el afán electoral de la comisión respectiva al correspondiente colegio, la Secretaría de Gobernación pudo ocuparse de nuevo de aplicar la ley de amnistía, y la semana pasada la quinta etapa de ejecución de ese ordenamiento permitió que se dejara en libertad, o ya no se les siguiera proceso, a más de novecientas personas, la mayor parte de las cuales son campesinos de Campeche, Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Jalisco, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, Sonora, Veracruz, Yucatán y Zacatecas.

Dejaremos hoy de lado reflexionar sobre la amnistía en sí misma, sobre la lentitud con que ha ido aplicándose, sobre los obstáculos que su vigencia ha encontrado, sobre su extensión y sobre la oportunidad: la víspera del tercer informe, en que se ha puesto en ejecución la quinta etapa. Hoy queremos hacer resaltar el hecho, que debiera ser terrible y conmovedor, que se esconde detrás del informe de que más de ochocientos campesinos estaban presos o procesados.

Oscar Ramírez Mijares, por si dudara que es un dirigente campesino artificial, confirmó esa su condición al declarar (Excelsior, 23 de agosto) que "los campesinos liberados por la amnistía recién decretada no estaban acusados por motivos políticos sino por posesión o cultivo de estupefacientes fundamentalmente". Simulación o ignorancia, cualquiera de los dos factores por los que Ramírez Mijares haya podido expresar este despropósito, revela hasta qué punto es desconocida, o nos empeñamos en que siga siéndolo, la situación de los pobres del campo, ocho centenares de los cuales estaban presos en su mayor parte por haber invadido tierras, es decir por ejercer su derecho vital a encontrar ocupación que les permita sobrevivir.

Si la cifra de ochocientos campesinos presos proviniera de un parte de guerra, nos daría una idea clara de la magnitud del conflicto bélico. Ciertamente, esos reos fueron aprehendidos en diversos momentos y en distintos lugares. Pero el tamaño del fenómeno podría hacernos pensar, sin exageración, que estamos frente a una revuelta agraria, porque a esos datos es posible añadir otros, ni siquiera resultado de una investigación acuciosa, sino sólo de la cotidiana lectura de los periódicos, que no se distinguen por conferir atención constante y profunda a los problemas del campo.

Hasta ahora, los brotes de inconformidad campesina están inarticulados. Surgen al calor de dificultades locales y no rebasan los límites geográficos de la comarca en que se suscitan. No hay, tampoco, hasta donde es posible vislumbrar, tentativas exitosas de organización nacional capaces de canalizar por cauces políticos las expresiones violentas de la lucha campesina. No faltan esfuerzos, por supuesto, La rama agraria del partido Comunista Mexicano se dedica a organizar sindicatos; el Partido Socialista de los Trabajadores vio concretada su fuerza electoral mayor en las entidades como Veracruz y Guerrero donde ha logrado nuclear a cultivadores de coco y de tabaco; aún el oportunismo priísta, con expresiones tales como el Movimiento de los Cuatrocientos Pueblos se empeña

en conseguir la organización agraria; y se expande el Movimiento Nacional Plan de Ayala que quizá sólo retóricamente busca vincularse con el zapatismo pero que orienta su trabajo sobre planteamientos nuevos, fincados en el conocimiento preciso de lo que son los campesinos mexicanos, de lo que quieren y lo que son capaces de lograr.

No obstante esos intentos, la desorganización campesina es el factor más evidente y el único, quizá, que impide una explosión. La rechifla en el festejo del centenario de Zapata al empresario agrícola que es secretario de la Reforma Agraria fue, tal vez, sólo una anécdota. Acaso surgió espontánea del simple cansancio de los acarreados. Acaso fue una puesta en escena, organizada por inquisivos enemigos políticos del secretario. Difícilmente será, como suponen algunos, una tentativa de los gomezvilanuevistas para hacer saber que no han perdido influencia en las áreas campesinas, porque esa influencia no existe por sí sino que existió sólo a partir de los cargos administrativos y políticos del jefe de ese grupo. Pero también pudo ser otro síntoma de que la paciencia agraria está llegando a sus límites.

Nos sienta mal el papel de Casandra, que augura acontecimientos terribles. Fundemos nuestra opinión sobre la inequidad que oprime a los campesinos, y los riesgos de explosión de la sociedad mexicana que de aquella injusticia pueden derivarse, en puntos de vista inobjetables aún para el conservadurismo político. ¿Qué tal, por ejemplo los de la Confederación de Trabajadores de México?

La semana pasada misma, al día siguiente de anunciarse la liberación de los campesinos presos, la dirección cetemista entregó al predidente de la República, los resultados de la Reunión Nacional para el Desarrollo Rural organizada por la propia central obrera en julio anterior. Digamos entre paréntesis que el hecho mismo que la CTM se ocupe de la crisis rural es indicativo de la gravedad de esa crisis. Añadamos, también entre paréntesis que no es de esperarse que los planteamientos cetemistas sean convertidos

en instrumentos de política por el presidente de la República, ya que así autoriza a pensarlo la ninguna atención que merecieron las conclusiones de una reunión semejante, ocurrida en 1978, sobre la reforma económica. De todas maneras, el examen de la principal central obrera del país sobre lo que ocurre en el campo sirve como un diagnóstico válido e insoslayable.

En lo económico, concluyó la reunión nacional para el desarrollo rural de la CTM, la crisis campesina se expresa "por la insuficiente oferta de alimentos de consumo popular, sus crecientes importaciones, la presencia abrumadora de empresas transnacionales agropecuarias y la apropiación de la mayor parte del valor agregado por pequeños grupos de productores e intermediarios privados, con la consecuente pauperización de la mayoría campesina".

En lo social y en lo político, la misma crisis se manifiesta (cito la versión de Unomás uno del 23 de agosto) "en la marginación de la población campesina, el degradamiento de los niveles de vida de los núcleos familiares no empresariales; en la emigración de mano de obra rural a las ciudades y a otros países; en el bajo nivel educativo, considerando que el nivel medio de educación en el campo llega con dificultad a un año, lo que se ha dado en llamar analfabetismo funcional; ...en la dispersión acentuada de la gran mayoría de la masa campesina, lo que propicia la marginalidad social, cuyo ejemplo más desolador es el de los jornaleros (campesinos sin tierras y minifundistas), que representan alrededor del 60 por ciento de la fuerza de trabajo en el sec- (Sigue en la página 69)